

JUAN CARLOS IGLESIAS ZOIDO, *Historia del libro en Grecia y Roma. Soportes y formatos*, Universidad de Extremadura, Cáceres 2010, 147 pp. ISBN: 978-84-7723-922-2.

A lo largo de los siglos, diversas corrientes de la literatura clásica han ido centrando su atención en aspectos diferentes de las obras que eran objeto de su estudio: la biografía del autor, las fuentes, la obra en sí, la estética de la recepción... pero, en los últimos años, unido a un intento de análisis global del fenómeno literario, hemos asistido a un interés creciente por el medio material en el que se fueron transmitiendo los textos griegos y romanos.

Si a ese interés le unimos la preocupación por los cambios de formato en los libros actuales, con un predominio cada vez más creciente de las pantallas sobre el papel, entendemos que interese más que nunca conocer los avatares por los que fue pasando la literatura y su transmisión ya en la antigüedad (tal vez, también en este aspecto, sentimos que la historia sea *magistra vitae, testis temporum, lux veritatis...*).

Pues bien, fruto de esa preocupación es la obra de Juan Carlos Iglesias Zoido, *El libro en Grecia y Roma. Soportes y formatos*.

Como se aprecia en el breve *curriculum* del autor que se nos ofrece al inicio, el libro es fruto de su labor docente en la asignatura de *Historia del libro* en la Facultad de Filosofía y Letras de la UEX, lo cual supone ya una garantía y una premonición de lo que, posteriormente, se va comprobando página a página, y es su gran dominio de la materia sobre la que trata la obra. Además, el hecho de que el autor sea también coeditor de *Talia dixit*, la primera revista digital de la Universidad de Extremadura, indica que nos hallamos ante una persona interesada y con experiencia real en los formatos más modernos.

La introducción (pp.9-13) es breve, pero expone con claridad los objetivos del trabajo: analizar los aspectos materiales del libro en Grecia y Roma, y convertirse en una herramienta útil para alumnos y, en general, para cualquier persona interesada en poner al día sus conocimientos sobre un tema no muy divulgado.

El ámbito cronológico de estudio es ambicioso, desde la Grecia Arcaica, con una literatura aún oral, hasta el final del Imperio Romano, momento de cambios en lo político, social, religioso, económico y también en la transmisión de los textos antiguos. En esa época de transición, Isidoro de Sevilla, consciente de la necesidad de transmitir lo clásico al nuevo mundo medieval, hace numerosas aportaciones a este tema en sus *Etimologías*, convirtiéndose así en el guía ideal para acompañarnos en distintos momentos de la obra.

Juan Carlos Iglesias articula su estudio en tres grandes apartados, dedicados cada uno de ellos a los soportes (tablillas, papiro, pergamino, otros materiales y utensilios del copista), formatos (rollo, códice) y a diversos aspectos relacionados ya con la producción del libro, su lectura y conservación.

A esto se une una bibliografía, a la que el autor ha prestado sin duda especial atención, convirtiéndose en un auténtico estado de la cuestión, ya que está toda ella comentada en cada capítulo y seleccionada según su interés para los distintos apartados de la obra.

Esta bibliografía se completa además con una sección de enlaces (no podía faltar ningún tipo de recurso bibliográfico en una obra que analiza precisamente los cambios de formato en la historia del libro). Además, este apartado vuelve a dar muestra de la meticulosidad del autor, que va comentando los aspectos más provechosos de cada una de esas páginas web para los distintos temas tratados en su obra.

Finalmente, se añaden dos apéndices que sirven de apoyo y complemento. El primero de ellos está formado por una selección de textos de autores clásicos como Luciano, Catulo, Marcial, Quintiliano o Isidoro de Sevilla, que se fijaron en aspectos materiales del libro en alguna de sus obras. Además, en relación con este apéndice, encontramos un índice de autores citados, que nos ayuda a integrar mejor los textos y autores en el libro que manejamos.

El segundo apéndice es un interesante glosario con los términos codicológicos específicos que se han ido utilizando a lo largo de la obra.

Llama la atención al comenzar a leer *El libro en Grecia y Roma* que la lista de ilustraciones aparezca al principio y no al final, como un simple apunte. Sin embargo, pronto se advierte que ese orden es algo buscado, pues las ilustraciones no son en este libro un añadido más, sino que están colocadas cada una de ellas al inicio de los diferentes capítulos, a manera de portada explicativa, siendo imágenes no solo bellísimas, sino seleccionadas perfectamente en relación con el tema que va a tratarse. Tras cada imagen, el comentario literario de Juan Carlos Iglesias nos introduce en el desarrollo teórico de los distintos capítulos. Así ocurre por ejemplo en la primera parte de la obra, dedicada como hemos apuntado anteriormente, a los distintos soportes del libro en la antigüedad: tablillas (cap. 1), papiro (cap. 2) y pergamino (cap. 3).

La imagen 1, en la que aparece una joven con unas tablillas y un punzón, nos introduce ya en ese primer soporte, las tablillas, que se convirtieron en el recurso empleado durante más tiempo en la antigüedad, variando su composición desde la arcilla, hasta la madera o incluso marfil.

Eran apropiadas para todo tipo de textos, se podían borrar, eran económicas... e incluso, las de arcilla han permitido, gracias a un accidente que destruyó algunas por el fuego, que un contenido de incalculable valor, como los textos que utilizaban el silabario micénico, quedara preservado para la eternidad.

Parece que, en la actualidad, contamos con un *corpus* de más de 2000 tablillas, entre las que encontramos diversos tipos: unas rebajadas y cubiertas con cera, otras pulimentadas y blanqueadas en su superficie, otras de marfil...

Una distinción muy interesante es la establecida por el autor entre las tablillas, que en el ámbito literario se relacionaban más bien con los apuntes primeros, con la inspiración y la labor creativa, frente al rollo de papiro, que sería un soporte más apropiado para la lectura y transmisión definitiva de los textos (p. 28).

El principal material utilizado, la madera, habría dejado huella en el término *codex*, que procedería de *caudex* o «trozo de madera». Y es que pronto asistimos a la formación de códices, formados por la unión de varias tablillas por el lomo, lo que permitía ofrecer una mayor capacidad de información.

Sin embargo, ya en época imperial, los códices de madera tendrán que convivir con otros en pergamino, que copiaron el formato anterior, pero cambiaron el soporte, si bien la aportación de Isidoro de Sevilla (*Etim.* 6,9) nos dice que sigue usándose aún la madera en el s. VII.

Interesante es también el capítulo dedicado al papiro, introducido por una escultura de «La juventud de Aristóteles», esculpida por Ch. J. M. Degeorge, en la que aparece el filósofo, aún joven, sosteniendo un rollo de este material, un material que, como indica J. C. Iglesias, a pesar de ser importado, frágil, caro y poco manejable, fue el soporte por excelencia del libro en Grecia en Roma, siendo utilizado durante casi un milenio (p.33).

Nos conduce el autor desde su uso en la corte faraónica, a sus tipos, calidades, restos y, de nuevo, a hechos accidentales o casuales, como su utilización para recubrir mo-

mias, lo que nos ha permitido conocer, de nuevo por azar o casualidad, los secretos que escondían algunos de estos papiros.

Sin embargo, los problemas que presentaba este soporte (frágil, quebradizo, caro y deformable por la humedad) ayudaron al triunfo del pergamino, de origen animal y, por tanto, más fácil de conseguir, pues como indica Iglesias Zoido en el capítulo 3, ya no había un solo centro productor: «Bastaba con tener a mano un rebaño de animales domésticos y la receta adecuada» (p. 42).

Su uso fue también muy antiguo, de hecho aparece ya en Heródoto, aunque una tradición recogida por Plinio (*Nat.* 13, 70), sitúa su origen en Pérgamo (de ahí su nombre). A continuación, se nos informa también, al igual que en el resto de soportes, de los tipos, el proceso de elaboración, la posibilidad de reutilización (palimpsestos), etc.

Menos importancia habrían tenido los soportes analizados en el cap. 4 (p. 47sigs.), como libros de lino, de metal, barro, oro, plomo...

Lógicamente, para su uso, estos soportes debían ser marcados por los utensilios de escritores y copistas. De ahí el capítulo 5 (p. 51 sigs.), que va describiendo instrumentos como el *stylus*, el *graphium* o *grapheion*, el *calamus*...

Una vez analizados todos estos soportes y herramientas, como en una progresión perfectamente estructurada, llegamos a los dos formatos del libro en la antigüedad, el rollo y el códice, analizados en la Parte II de la obra (p. 57 sigs.).

Se nos ofrece así en el capítulo 1 información muy interesante 1 acerca de la adaptación de los rollos griegos a partir de los faraónicos, acerca de su longitud, los términos *incipit* o *explicitus est liber* colocados al inicio y al final, el *onfalos*, que permitía que se enrollase sin deformaciones, el *titulus* o etiqueta...

Pero lo cierto es que, a partir del I a.C. empieza a extenderse el formato del códice, a pesar de reticencias porque su uso se asocia pronto a los cristianos. Son muchos los avatares que ha soportado el códice, como el paso de la Edad Media e, incluso, la llegada de la imprenta. Es más, ésta surge como un medio para conseguir una reproducción mecánica del códice. Y de ahí hasta nuestros días, en los que si bien este formato parece estar en declive, en opinión de J.C. Iglesias, los nuevos libros digitales no hacen sino imitar los códices (simulando el paso de hojas, tinta...). De este modo, para él, la historia del códice no sería sino la historia «de un éxito» (p. 70).

El paso del rollo al códice (analizado en el capítulo 3) fue paulatino y se debió a su mayor facilidad de uso, de transporte, de copia, de estudio y trabajo en talleres de copistas y escuelas, a su mayor capacidad... Además, era más apropiado para la alfabetización, tan necesaria durante el Imperio. Resulta igualmente significativo también cómo el resurgimiento cultural pagano del IV hizo que el códice se convirtiera pronto en un material precioso, que permitía guardar toda la enseñanza de la antigüedad (como si lo nuevo sirviera para preservar y conservar lo viejo).

Pues, precisamente, a esa conservación del saber es a lo que se dedica la Parte III (p. 81 sigs.), centrada en la copia y producción de libros en conventos y bibliotecas (cap. 1), al proceso de lectura (cap. 2), y el desarrollo de bibliotecas a partir de época helenística (cap. 3).

Y es que, como indica una cita preciosa de Tucídides (p. 90), su obra no había sido escrita «como un entretenimiento (*agónisma*) para un instante, sino como una posesión para siempre (*ktéma es aiei*, 1,22,3-4). Pero para ello fue necesario que el códice permitiera leer de otro modo, ya que el lector podía pararse, reflexionar, anotar, comparar con otro texto, copiar con más facilidad...

Todas estas reflexiones nos van persuadiendo a lo largo de la obra de la tesis del autor, y es que el estudio de soportes y formatos no es el estudio de simples recursos materiales, sino de un fenómeno más profundo asociado al proceso de escritura, de lectura, de transmisión y recepción de los textos... un proceso que influye también en cuestiones de tipo textual e, incluso, literario.

Pero, a pesar de que en este punto de la obra, ya estamos persuadidos de ello, Juan Carlos Iglesias nos ofrece un ejemplo muy ilustrativo en el capítulo 4, dedicado al epigrama, en el que se observa claramente la conexión entre el hecho literario y el soporte textual.

De hecho el epigrama era una composición epigráfica, de carácter funerario o votivo, anónima, individualizada, en verso y claramente condicionada por su soporte. Sin embargo, a finales del V y principios del IV a.C. comienzan a ser un objeto literario, pasando de la piedra al papiro y dejando ya de ser anónimas. A partir de aquí, comienzan a agruparse en colecciones reducidas (*syllogé*) sin más criterio que el origen o la autoría. Ya en época helenística, nace el *libellus*, con epigramas compuestos para la ocasión por el propio poeta-compilador, y con carácter literario. Empiezan a surgir así antologías ordenadas por temas y no por géneros, como se hará posteriormente. En concreto, a partir del III d.C. se elabora un nuevo tipo de antología, de mayor tamaño, organizada por géneros (epigramas sepulcrales, simposiacos, eróticos...). Los editores son ahora sólo compiladores. Pero esta nueva organización necesitaba un nuevo formato, el códice, que permitía una consulta más cómoda. Claro ejemplo, pues, de la conexión entre formato y hecho literario.

Y, a partir de aquí, bibliografía comentada, enlaces comentados también, apéndices e índices.

Ni más ni menos. Nos encontramos ante un manual de unas 150 páginas para explicarnos la historia del libro en la antigüedad, muy bien estructurado, tratando temas variados como los soportes, formatos, producción del libro, lectura, transmisión, conservación en bibliotecas... Y esto con imágenes, textos, bibliografía comentada, enlaces... Podríamos pensar que este manual se queda corto. Sin embargo, uno de los grandes logros de esta obra es que el autor consigue plenamente su objetivo de explicar cómo se transmitió el saber y la literatura en la antigüedad, así como la relación que pudo tener ese hecho tanto con las características políticas, sociales, económicas y culturales de la época, como con el propio contenido literario.

Además, si aprendemos y reflexionamos sobre este tema en un momento como el actual, en el que estamos asistiendo nuevamente a cambios de formatos y soportes, el libro de Juan Carlos Iglesias se vuelve aún más sugerente. De hecho, se me ocurren aspectos sobre los que le pediría ya que ampliara su obra, como el ámbito cronológico para llegar hasta la actualidad, una vez analizado el Renacimiento y la aparición de la imprenta, distintos tipos de documentos administrativos o rituales en la antigüedad, tipos de escritura, *graffiti*, soportes actuales...

Por otra parte, la lectura de la obra, una vez ha pasado ya un año de la publicación, nos permite además observar que el tema sigue interesando y produciendo frutos y títulos actuales como *Soportes y técnicas documentales* (J. TACÓN CLAVARÍN, Madrid, 2011), *Dos mil años de historia ilustrada* (M. LYONS, Lunwerg edits, 2011) o *Libros, escrituras y bibliotecas* (A. PETRUCCI, Universidad de Salamanca, 2011).

Enhorabuena, pues, tanto al autor como a sus alumnos y lectores, pues si la bella dedicatoria que encabeza el libro va dirigida a un «buscador infatigable de la felicidad»,

Juan Carlos Iglesias Zoido demuestra con su obra ser un «buscador inmejorable en la investigación y en la divulgación del saber»—.

Universidad de Extremadura

María Luisa HARTO TRUJILLO  
mlharto@unex.es

ANA VICENTE SÁNCHEZ y JOSÉ A. BELTRÁN CEBOLLADA (directores), *Grecia y Roma a escena. El teatro grecolatino: actualización y perspectivas*, Linceus, Cultura y Filología Clásicas, Serie Manuales, Madrid 2011, 398 pp., ISBN 978-84-9822-974-5.

El mejor lugar para que aparezca esta monografía colectiva es, sin duda, la Serie Manuales, dado el carácter didáctico que predomina en los distintos capítulos, que ofrecen una visión global de un campo tan amplio como es el del teatro antiguo. El objetivo de los autores que han participado es condensar en un solo libro las teorías tradicionales y bastantes estudios críticos de los últimos años —especialmente los que se han publicado en España—, que dan una perspectiva en ocasiones novedosa respecto de lo que se pueden encontrar en los manuales de literatura de uso generalizado y a la que se puede acceder solamente a través de revistas especializadas. La iniciativa de ofrecer un panorama que resulte a la vez canónico y moderno surgió en 2006, en la Universidad de Zaragoza, en el marco de un ciclo organizado por la Delegación de Aragón de la Sociedad Española de Estudios Clásicos.

Como el teatro antiguo no se comprende sin el contexto histórico, los capítulos 1 y 6 están dedicados a la relación entre sociedad, política y teatro en Atenas y en Roma. Laura Sancho, en sus páginas tituladas «Democracia y política en el teatro ateniense» (pp. 17-50), plantea la difícil cuestión de hasta qué punto el drama griego puede reflejar problemas políticos o sociales contemporáneos para los dramaturgos y si la celebración en un contexto religioso en honor a Dioniso pudo tener alguna influencia en el género. Francisco Pina Polo («Teatro, política y sociedad en Roma», pp. 195-213) aborda esa cuestión valorando distintos aspectos culturales y sociales, pero relacionados entre sí: teatro, espectáculo y religión; organización y financiación; origen y posición social de los actores; público asistente; teatro y política.

Después de cada uno de los capítulos introductorios sobre el hecho teatral en Grecia y Roma empieza cada bloque específicamente literario, siempre acompañado cada capítulo de una bibliografía seleccionada y obras recomendadas para el tema específico.

José Vela Tejada se decanta en sus páginas por ofrecer unas claves para comprender el enfoque que los tragediógrafos griegos dieron de los problemas humanos, cuya actualidad a través del tiempo ha permitido que otros dramaturgos tuvieran a su disposición una cantera de temas para seguir indagando en las complejidades del alma humana. Es por eso que el título de su trabajo es «Temas de ayer, de hoy y de siempre de la tragedia griega» (pp. 51-96), pero que trasciende el propio título y pretensión del trabajo, pues enmarca los temas en el contexto ritual y festivaesco de la representación; también delimita la idea de «lo trágico» para poder llegar a las claves internas del género literario y, desde ahí, a los temas y motivos de la tragedia griega. En una sola página hace un esquema de la pervivencia de la tragedia griega desde el Renacimiento hasta el s. XXI donde sintetiza el interés que ha suscitado la tragedia en cada una de las épocas, no sólo